

COMEDIA FAMOSA:

EL ALCAYDE DE SI MISMO.

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Hablan en ella las Personas siguientes.

Federico.

Un Capitan.

Elena.

Seraphina.

Roberto.

Enrique.

Margarita.

Leonelo.

Benito, Villano.

El Rey.

Antonia, Villana.

Villanos.

JORNADA PRIMERA.

Dicen dentro Federico, y Roberto, y salen
luego como de Españoles, y Federico
armado con botas y espuelas.

Dentr. Rob. Precipitado vuelo
nos despeña: JESUS!

Fed. Valgame el Cielo!

Rob. Estás, señor, herido?

Fed. Muerto fuera mejor; mas tal ha sido
siempre el rigor del hado,
que vive à su pesar un desdichado.

Rob. Guarde el Cielo tu vida,
de cobardes contrarios defendida,
que al fin, viviendo un hombre,
no ay horror, no ay espanto, q̄ le affombra.

Fed. Antes en penas tales,
el morir es el ultimo en los males.
Plugulera à Dios, Roberto, (to,
plugulera à Dios, q̄ allí me huvieran muer-
entre affombros, y espantos,
las fieras armas de enemigos tantos!
Y no fuerte, y altivo,
ò venturoso, mas si huviera vivo
dexado por mi espada
muerto à Don Pedro Esforcia en la estatada,
no huviera yo llegado
de duro azero, de diamante armado

(como vès) à este monte,
termino al parecer de este Orizonte.
O ya que allí llegasse,
plugulera à Dios, que en él me despeñasse
quando veloz tropleza
el caballo en su propria ligereza;
pues fuera el daño menos,
que vernos oy de confusiones llenos,
y de tantos contrarios perseguidos.
Adylertan tus sentidos,
que pierdo à Margarita lo primero,
à Margarita bella,
que fuè del Cielo flor, del campo Estrella,
luego que nos hallamos
en un monte, y que en él los dos estamos,
el caballo perdido,
tu cansado, yo armado, y sin vestido.
Y quando à alguna Aldea
quicramos ir, ninguno avrã que vea
à pie, y armado un hombre,
que no se ria de él, ò no se affombrez
y siendo conocido
por las señas tan grandes, mas seguido
de quien me busca quedo,
dooe la muerte allegarme puedo,
quando preso me tenga

El Alcayde de sí mismo.

el Rey, pues súbitamente en mí se venga
de su Sobrino muerto,
y de la grande enemistad, Roberto,
con mi padre, que ha sido
La causa de entrar yo desconocido
en su Reino, en sus fiestas;
no fiestas, ya tragedias si fueras,
pues con penas tan graves,
sucedió lo que calló yo, y tu sabes.

Rob. Todo lo considero,
y peor fuera morir, que hallar espero
remedio á mal tan fuerte.

Fed. Remedio? De qué modo?

Rob. De esta suerte:
tu no eres conocido
en Napoles, que nunca en él no ha havido
quien nuestro rostro vea.
Pues este monte mudo guarda sea
de las armas gravadas,
en él con verdes ramas sepultadas
quedan que yo no dudo
el poderle escapar, yendo desnudo
á la primera Aldea,
diciendo, que la gente que saltea
en este monte, ha sido,
quien te llevó la bacleda, y el vestido:
así al fin se consigue
el no hallarte la gente que te sigue,
y en hallar tu convelo,
moviendo á compasión la tierra, y Cielos.
Yo (haviedoote dexado
donde quisieres tu) disimulado,
me volveré á la Corte,
donde sabré lo que á tu amor importa,
las joyas tendré en ella,
para títe socorriendo. Fed. Si mi Estrella
no me huviera dexado
tal amigo, que triste, y desdichado,
huviera yo nacido!
la oposicion de mí desdicha ha sido.
Sigue de tu consejo,
las duras armas en el monte dexa:
desnudo iré, moviendo
á compasión las piedras, porque entiendo,
que xarme tristemente
con tal disfraz de lo que el alma siente,
como aquel que ha llegado
á tener un dolor disimulado,
que quando no le dexa,
fiendo otro dolor, de aquel se queja.

Rob. Pues ázia aquella parte,
(que es mas secreta) puedes retirarte,
que ya del Sol la lumbre

dá el primero perfil á aquella cumbre
Fed. Tu si á la Corte fueres,
y en ella acalo á Margarita vieres,
dile que sol a naute
tan descortés, tan necio, é inconstante,
tan loco, y tan altivo,
que no la puedo ver, y quedo vivo.

Vanse, y salen Elena, Enrique, y Leonelo,
como de camino.

Elen. En tanto que estos caballos,
veloces hijos del viento
pagan en crystal, y nieve
las esmeraldas del suelo,
podrás hasta Mirafior
adelantarte, Leonelo,
y decir quan desdicha la,
y desesperada vengo
á ser rustica Aldeana
de sus montes; quiera el Cielo,
que por ser soberbios tanto
halle mas piedad en ellos.

Enr. La soledad de este monte,
la causa de tus extremos,
y el no haver visto las fiestas
(que nuestras desdichas fueron)
en la lealtad de un criado,
dás, señora, atrevimiento,
á pedir que me repitas
tu dolor, y sentimiento,
porque el mal comunicado,
dice un Sabio que fue menor.

Elen. Publicose por Italia,
con el comun sentimiento,
digno de tener cristes nuevas,
(prelogios á este suceso)
que la hermosa Margarita
muestra de este gusto diuino
todavía dicha alabarian,
y mas que todos Don Pedro
Esforca mi hermano, pues
como su amante, y su dudo
(que suele hacer el Amor
un segundo parentesco)
fió en Europa castales,
llamando á publico duelo,
para una Josta Real,
lustreando, y defendiendo
en ella, que Margarita
era el mas digno objeto
de amor, y la mas perfecta
Dama, en belleza, en ingenio,
(perdonen tantas) que havía
en el Mundo, atrevimiento.

de hombre enamorado, pues
 quien llega à estallo, lo pecho,
 que ni mas que aquello estima,
 ni pleca que ay mas que aquellos.
 A la fama de las Justas
 de toda Europa acudieron
 los Principes mas gallardos,
 mas bizarros Caballeros:
 en tanto que se cumplia
 de los carceles el tiempo,
 todo era mascarar, motes,
 festines, araos, y juegos.
 Una noche (que era dia,
 pues no se echaba el Sol menos)
 dando principio à un festin
 estaban los instrumentos,
 quando por la sala entrò
 un bizarro Caballero,
 que arrebatò à un mismo punto
 de todos los movimientos.
 El diò principio al festin,
 vistiendo siempre encubierto
 el rostro con el embozo,
 haciendo el primer passeio.
 Sacò à Margarita, y ella
 con un cortés cumplimento
 salió: mi hermano (no sé
 si yo me hiciera lo mesmo)
 salió entoces procurando
 quedar con ella en el puesto:
 y el Caballero embozado,
 poniendo cuidado en serlo,
 con la mano en la cuchilla,
 dió atrevido, y resuelto:
 Ninguno mejor que yo
 merece el lugar que tengo.
 Don Pedro iba à responder,
 quando entraron de por medio
 el Rey, y Grandes, y salió
 de la sala el Caballero
 tan en sí, que no le viò
 nadie el rostro, ni supieron
 hasta oy quien era: tal fue
 su recato, y su secreto.
 Llegò de la Justa el dia,
 y afrentando, y desmintiendo
 nuestra plaza la memoria
 de Romanos Coliseos;
 se viò cubierta de gentes
 tan diversas, que se vieron
 en ella las confusiones
 que tuvo Babel un tiempo.
 De una tienda de brocado,

que estaba al lado derecho,
 armado saltò mi hermano,
 tan atroso, y bien dispuesto,
 en un caballo, que un alma
 Informaba à entrambos cuerpos.
 Con amorosas empresas
 gallardos Aventureros
 entraron, que por no ser
 proliza mas, no las cuento;
 y porque llegando à entrar
 el Caballero encubierto,
 se olvidan, y quedan todas
 sepultadas en silencio.
 Corrieronse muchas lanzas,
 en cuyos varios sucesos
 como en la suerte, y fortuna
 se ganan, y pierden premios:
 Llegò à correr el galan
 embozado con Don Pedro
 mi hermano, que hasta aquel punto
 le havia dicho bien el tiempo.
 Pusieronse frente à frente
 los caballos, tan atentos
 à las voces de un clarin,
 que con estar algo lexos,
 parece que à cada uno
 el animado instrumento
 estaba hablando al oido.
 Tal era el instinto en ellos,
 pues parece que el enojo
 heredaban de sus dueños.
 Partieron, pues, tan veloces,
 que ya trocados los puestos,
 muchos no deteminaron
 si pararon, ò partieron,
 haviendo enmedio las lanzas,
 hechas atomos del viento,
 dividido en tantas partes,
 que muchas de ellas subieron
 tan altas, que por entonces
 ninguna cayò en el suelo,
 ni despues, porque tardaron
 en caer, ò no cayeron.
 Toman la segunda lanza,
 para su segundo encuentro,
 mucho espacio, si sou veras,
 mucha preña, si son juegos.
 Vuelven à partir, y aqui
 un caballo desmintiendo
 la valla de un lado rompe.
 Ni has visto en el Mar soberbio,
 quando nevadas montañas,
 rizando su frente el caño,

un Navio en un escollo,
 y en sus pedazos resuelto,
 la que fué campaña antes,
 sirviese de monumento?
 No has visto en un terremoto
 temblar la tierra, y el Cielo,
 caducar los edificios,
 y en tanto horror, tanto estruendo,
 precipitarse los montes,
 desgañados de sí mismos,
 y encontrándose al caer,
 darse batalla violentos,
 hasta rendirse á su furia,
 que no pudieran á menos?
 Pues tales eran los dos,
 porque en la carrera á un tiempo,
 incitando las naciones
 de agua, tierra, fuego, y viento,
 eran dos naves de bronce,
 eran dos naves de hierro,
 eran dos rayos de plata,
 eran dos aves de azero,
 dos Agallas de metal,
 y dos Planetas de fuego.
 Cayó en la tierra mi hermano,
 bañado en humor sangriento:
 la arena, que parecia,
 que tan infelice suceso
 llovió con sangre la tierra,
 quando dividida veo
 la plaza en vaados, vengando
 unos, y otros defendiendo
 la muerte, y el homicida,
 el qual animoso, y diestro
 saltó de la plaza, donde
 se esconde ignora, ó sospecho,
 que Marte le arrebató
 á colocarle en su asiento,
 ó por guardarle de mí,
 abrió sus bocas el centro.
 Yo aun tiempo, pues, combatida
 de dos contrarios afectos,
 quise, viendo la impiedad,
 (si ya la verdad confieso)
 dexar la Corte, y confusa
 vengo á Belflor, donde vengo
 (que ay desdichas que se huyen)
 de mis desdichas huyendo,
 donde mi esperanza muera,
 donde viva mi tormento,
 donde mi llanto me ahogue,
 donde se ahogue mi aliento.
 Pues entre amor, y rigor,

entre esperanza, y deseo,
 llevo, huyo, quiero, olvido,
 amo, adoro, vivo, y muero.
 Enr. Notable suceso ha sido,
 y mas pensar que se esconde,
 sin saber como, ni donde,
 y que no sea conocido!

Sale Leonelo.

Leon. Los Villanos de Belflor,
 sabiendo que vuestra Alteza
 viene con tanta tristeza,
 para mostrar el amor,
 y voluntad que la tienen,
 todos á darla su vida,
 el pesame, y bien-venida,
 y á besar sus plantas vienen.

Salen Benito, y Antonia de villanos,
 y Labradores.

Ant. Benito, advierte, que agora
 tu por ser el mas erguido,
 mas calletrudo, y sabido,
 tienes de dár á señora
 el pesame. Benit. Yo, por qué
 he de dár á la Condesa
 pesame, sino me pesa?
 el pesete la daré.

Labr. Di, que es Venus, y Diana,
 y que en su gran presumpcion
 murió, como otro Phaeton,
 su hermano. Benit. De buena ganas.

Labr. 2. Di, que fué quien le mató
 un Nerón soberbio, y malo,
 un cruel Sardanapalo.

Benit. Todo esto la diré yo.

Anton. Que ella nos viva mas años,
 que vió Matusalén.

Benit. Todo aquello está muy bien.

Anton. Para consolar sus daños,
 que el Concejo no la embra-
 colacion, fiesta, y grandeza,
 porque quien tiene tristeza,
 se causa del alegría.

Benit. Muestra Conda soberana,
 tan erguida, limpia, y bella,
 que son fregonas con ella.
 Doña Venus, y Doña Ana.
 Si en tiempo de fiestas bellas
 á Belflor baxels venido,
 bien becho ha sido, si ha sido
 por no buscar donde velas.
 A todos nos ha pesado,
 y a questo no os está bien,
 que un pesame, ó parablen,

siempre es estylo caulado.
Teogale Dios en buen paso,
que él mató en su presumpcion,
como el otro sañaron,
de arrogante, y animoso.

Y pues á aqueste le igualo,
el que le dió muerte fiera,
era un Eagra, y aun era
una sardina de palo.

Pero vivais vos, amen,
para gozar de estos daños,
con gusto, y salud, mas años,
que vivió Mithco de Allen.
Que el Concejo no la embia
colacion, fiesta, y grandera,
porque quien tiene tristeza,
no diz que tiene alegría.

Salé Federico desnudo, y herido.

Elen. Generosos Labradores,
y vos hermosa señora,
que entre barbaros sayales
sois, entre espigas la rosa,
muevaos á piedad el vér
un desdichado, que arroja,
embuelta en sangre, y suspiros,
pedazos del alma propia.
Un Mercader rico era,
y tanto, que en una joya
cifré el thesoro del Mundo.
Vlue á las fiestas famosas
de Nápoles, procurando
en concurso de personas
tan illustres, emplear
mi caudal, y hacienda toda.
Hicelo así, á Dios plugulera
fuera mi dicha tan corta,
que no hiciera empleo tan grande,
porque perdiendole aora,
es mayor el sentimiento,
que la fortuna invidiosa
no se fuera, si llevara
trás las dichas la memoria;
mas es fortuna loca,
Diosa sin fé, y amiga de lisonjas.
Pensé volver á mi patria
rico de hacienda, y de honra
(baste que dixesse rico)
porque en los tiempos de aora,
la riqueza es el honor,
sin atencion de personas,
porque y el pobre se vende,
como yá el rico se comora:
pero faceron mis desfiguras

la hermutura de la rosa,
que el purpureo rosicler
juzga perpetua corona
del campo, sin atender
á que en un punto se enojan
tiempo, y fortuna soberbios,
brama el Austro, el Cierzo sopla:
siendo cadaver del campo,
entre sus perdidas pompas.
Tal yo rico de esperanzas,
que son las tempranas hojas,
en mi patria me juzgúe,
sin advertir á que corta
el Cielo tentos del hombre.
Qué importa (ay de mí!) qué importa,
que él proponga, y determine,
si ay Estrellas que dispongan,
y executen, porque ellas,
quanto el hombre escribe borran,
que es nuestra vida sombra
de aquella luz, que influye poderosa.
Yendo, pues, por este monte,
salí una pequeña tropa
de Vandoleros, que en él
la hacienda, y la vida roban:
quise ponerme en defensa;
pero qual hombre se arroja,
anteponiendo los bienes
á la vida, si ella sola
merece ser preferida
sobre las humanas cosas?
El vestido me quitaron,
dexandome como aora
estoy; y viendome así,
ha tres dias que estas rocas
hábito, que me sustento
de yerba rustica, y tosca.
Pero la necesidad
hace que rompa, y que corra
los velos á la verguenza.
Y pues mis plantas dichosas
á esta parte me gularon,
en mi consuelo conozcan,
que sigue el gusto, á la pena;
á la desdicha, la gloria;
á la fatiga el descanso;
la luz, á las negras sembrass
á mi llanto, la piedad:
de tus manos generosas:
que mortales congezas
vivan á la mudanza atentas todas.

Elen. Bien pensé que no tenia
mi pecho infeliz lugar,

donde

donde cupiese el pesar
de tu desdicha, y la mila;
pero aquí me ha consolado
tu pena, y tu desconsuelo,
que á un desdichado es consuelo
hallar otro desdichado.

Allentate, toma brío,
tén ánimo, y esperanza,
que todo está á la mudanza
sujeto: este Estado es mío,
en él te puedes quedar,
reparando tu fortuna,
donde tu suerte impertuna
puedes felice burlar.

También al monte he venido
á llorar desdichas yo;
consuelo tu pena halló,
que oy un hermano he perdido,
cuya nobleza, y valor
publica á voces la fama,
que el infelice le llama,
muerto á manos de un traidor.
Y por no alabarle yo,
sabe que es quien lloro aquí
Don Pedro Estorcia.

Fed. Ay de mí!

Elen. Y el traidor que le mató
no le ha sabido quien eras;
Demonio debió de ser,
pues se pudo defender,
y esconderse de manera,
que no le sabe por donde,
ni de qué suerte escapó.

Fed. A buen puerto vine yo.

Elen. Sin duda el centro le esconden.

Fed. Al revés ha sucedido
oy este efecto en los dos,
pues mirar á un triste vos,
de consuelo os ha servido,
y á mí de pena, que aquí
un dolor al otro excede,
que pena vuestra no puede
ser de gusto para mí.

La merced que me ofrecéis
de vivir con vos, acepto:
aquí viviré secreto,
sirviendoos, que bien sabéis,
que un hombre que rico ha sido,
ésbala en su tierra el dolor,
pues vive pobre mejor,
adonde no es conocido.

Benit. Pues es buena cortesía,
dexa con cordura poca

atravelada en la boca
la media embaxada mía.

Elen. Qué prudente, y advertido
su sentimiento mostró!
qué bien que disimuló
el llanto mal reñido.

Este hombre me ha obligado
con su estylo. Ben. Guardaos Dios

Anton. Beate no habra con vos.

Benit. Otras veces aya habrado.

Elen. Como os llamais? Fed. Español

Ben. Bautis. Elen. Y loislo? Ben. Yo.

Fed. Si. En Barcelona naci.

Elen. Todos sois hijos del Sol.

Qué buen calle! Ben. A su servicio
está el calle, y la personas
su merced es gueta le abona.

Ant. Qué no es á vos; pierdo el juicio!

Elen. En fin, queréis el partido?

Fed. Si; pues á un puerto he llegado,
que no fuera desdichado,
quando no lo hubiera sido.

Elen. Su modo dice, que es
hambre bien nacido. Ben. Si;
alleguro que naci,
si bien me acuerdo, de pies.

Elen. Palabras os del, que si tengo
en la venganza que siga,
buen fin, y de este enemigo
no conocido me veogo:
porque fiero, y vengativa
siempre ha sido la muger;
que tengo, Español, de hacer,
que os olvidéis, así vira,
de la perdida de oy.

Fed. No pierda yo vuestra gracia.

que de toda mi desgracia,
señora, olvidado estol.

Qué confusiones me ofrece,
fortuna, tu mano ingrata!
vida me dá quien me mata,
me acoge quien me aborrece!
Pues quedarme sollicito
adonde mi muerte veo,
que está mas seguro el reo
donde comete el delito.

Vase, y salen Seraphina Dama, Margari-
rita, y el Rey viejo.

Marg. Dexame morir. Rey. Advertite:

Marg. Qué puedo advertir, señor,
si es de qualquiera dolor
ultima linea la muerte?

Rey. Tan grave penz, tan fuerte

pasión,

pasión, y mal resistida,
oy vendrá á dexar vencida
tu vida. *Marg.* Al Cielo pluguiesse
tan dulce mi pena fuesse,
que acaballe con mi vida.

Rey. Todos la muerte lloramos,
de Esforcia todos leatimos,
todos al Cielo pedimos
la venganza que esperamos.
Pero no todos estamos
readidos á un sentimiento,
Margarita, tan violento,
que exceda al sentir sus modos.

Marg. Siento sola mas que todos,
porque mas que todos siento.

Rey. Ya tu venganza publico;
muerte le daré al traidor,
si le alcanzo. *Marg.* Qué rigor! ay
ay mi bien! ay Federico!

Rey. Qué respondes? *Marg.* Significo
conmigo así los recelos
de tus penas, tus desvelos.
Busca al traidor, házle bien;
muerte tus manos le den:
no lo permitan los Cielos.

Salen el Capitan, y Roberto.

Cap. Señor, como has publicado
por traidor al que encubriere:
el homicida, ó supiere
de él; nos ha manifestado
un hombre á este criado,
que por suyo consocio.

Rey. De él labré mi intento yo.

Rob. Yo con mi lealtad concioyo,
que soy criado; mas cuyo,
ello no lo diré yo.

Rey. Quien eres? *Rob.* Un forastero,
que á Napoles ha llegado.

Rey. De suerte, que eres criado
de aquel homicida fiero.

Author de mis penas? *Rob.* Yo
no le conozco. *Rey.* Pues no
son de él estas joyas? *Rob.* Si.

Cap. Luego yá se mira en tí
aquesta verdad bien clara,
pues locura grande fuera,
que á hombre que no conociera,
tan ricas joyas sirra.

Rey. Pues la piedad no ha podido
moverte, pueda el tormento:
entre las joyas está
un papel, y de él quizá
conoceré el fin que intento.

Marg. Ay de mí! mi muerte veos

Rob. Carta es. *Marg.* Mi agravio escucho!

Lee el Rey. Porque V. Mag. no esté con el
cuidado que le puede dar mi ausencia,
escribo con Roberto, ayliando de mi sa-
lud, y la causa que me ha traido á Napo-
les, que es ver las fiestas que sustenta Do-
Pedro Esforcia, cuyo valor me ha obli-
gado á asistirle á ellas: acabadas, vol-
veré á los pies de V. Mag. cuya vida el
Cielo aumente. *El Principe Federico.*

Es posible que esto veo,
y mi pena no publico!
el Principe Federico
fue el homicida que veo?
Margarita, tus desvelos
á todos nos han rendido,
Capitan, buscadle luego,
destruyedlo á sangre, y fuego
el Lugar mas escondido. *vase*

Marg. Ay, Roberto, tu lealtad
muerte á todos nos ha dado!
Dime, por qué te has quedado
por mi daño en la Ciudad?
Por qué esta carta guardaste,
doode su nombre firmò
el Principe? Por qué no
la rompiste, ó la quemaste?

Rob. Y pude yo prevenir
lo que nos ha sucedido?
aqui me quedé escondido,
y un buesped pudo decti
(mal aya quien intentò
los buespedes) que yo fui
el que al Principe serví:
porque en su casa sirví.
Esta carta le escribia
al Rey su padre, y despues
no la embió; que esta es
su desdicha, tuya; y mía.

Marg. Y las que yo he de llorar.
Sale el Capitan.

Cap. El Rey manda, que estéis preso,
perque de aqueste suceso
no podais aviso dar.

Marg. Y es bien que esté preso el siervo,
que á un enemigo sirvió:

A parte á Roberto.

libertad te daré yo.

Rob. Ellí de tu mano espero. *vase*

Seraph. Tus razones he escuchado,
tus razones he advertido,
y de no hayerte entendido:

triste;

existe, y confusa he quedado:
algun secreto ay aqui.

Marg. Y quiero á tu pecho fiel
hacer Secretario de él.

Seraph. Atentate el cucho. *Marg.* Allí,

para tragedias de amores,
nos dá lugar el jardín,
entre azahar, y el jazmín,
y entre las rosas, y flores.

Y si contarte pretendo
una enigma semejante,
no entenderme no te espante,
que yo tampoco me entiendo.

*Vanse, y salen Antonia, y Benito
cantando.*

Anton. Subiera Morales

en su caballo,
la espuela de melcocha,
y el freno de elparto:
luneta, atola allá de la sonsoneta.

Benit. En la calle Nueva
está enamorado,
por mirar arriba
cayera en un charco:
luneta, atola allá de la sonsoneta.

Anton. Sogas, y maromas
tiran á sacarlo,
facanle una afadura,
que hayla merendado:
luneta, atala allá de la sonsoneta.

Benit. Dexa un poco esta luneta,
que lo has cantado tan bien,
que no chilla una sartén,
un organo, una carreta,
con mas fuerte, y recio chorro,
que tu.

Anton. El alabarme es yerro,
porque no entonó un becerro,
un podenco, y un cachorro,
mas que tu, ni aun un marrano,
quando le matan, gruñó
con mas gracia, ni habro yo
en la carreta, y organo.

Mas ya que esto es acabado,
y que es forzoso el hablar
de otra cosa, hasta llegar
á la Quilota, me ha pasado
por el calletre, que habrémos
en quanto será aquel día.

Benito de llalma mia,
que los dos matrimonioemos,
En pensallo me hace astillas
el pracer de otro despecho,

y me viene tan estrecho,
que el hato me base coaquillan

Benit. Para olvidar tus regalos,
considera, que pasó
este día, y que llegó
el que yo te mate á palos,
muy mohlo, y enfadado,
que en fin, forzoso ha de ser,
que me canle una muger,
que ha de estar siempre á mi lado,
porque á qué hombre no pesa
vér (si en la muger repara)
siempre en la cama una cara,
siempre una cara en la mesa,
Si tiende una mano, toca
siempre una cara: si huele,
es á la cara que suele,
si vé, es con ventana poca,
una cara: y si esta pena
qualquiera cara nos dá,
dime, Antona, qué será
si la tal cara no es buena?
Pero casados los dos,
no nos vendrá á ser así.

Anton. Vos darne palos á mi?
malos años para vos:
no en mis días á la hê.

Benit. Ya desenojaros quiero:
sino es el día primero,
en mi vida te daré.

Anton. Por qué el primero?

Benit. Azotó

la Justicia cierto día
un hombre, y él que temía
la pena, al Verdugo dió
tal cantidad de dinero,
porque ablandasse la mano,
la solfa de canto llano.

Tomólos, pues, y el primero
azote fué tan cruel,
que la sangre rebentó.

Y quando el otro volvió
la cara de probar hiel,
le dixo, con tales modos
vuestra duda satisfago,
ved el amistad que os bago,
que así havian de ser todos.

Así tu conocerás,
pegandote el primer día,
la amistad, y cortesia,
que te bago en los demás.
Mas como ha de darte enojos,
quien tan de veras te amó,

que antes me quebrara yo
las mochachas de mis ojos,
porque ellas pueden quebrarse,
y mi amor, Antona, no.

Anton. No podrás mudarte? Benit. No.

Ant. Ni olvidarme? Ben. Ni olvidarte
puede mi amor.

Anton. Y podrâ? Benit. Qué?

Anton. Llegarme à aborrecer.

Benit. Si, que en siendo mi mojer,
Antona, fuerza serâ.

Ant. Por qué? Ben. Porque serâ mia.

Anton. Si por la cara ha de ser,
muger sol, y sabré hacer
una cara cada dia. *vase.*

Benit. Si sabrás, que alguna vi
que lirio se levató,
blanca azucena vió,
y se recogió al heli.

Mas qué alumbra allí? No sé:

llegar mas cerca deseo;
oro, ó prata es lo que veo:
notable y entura fue

haber por aqui llegado!

Un thesoro he descubierto,
que alguno en este desierto
debió de dexar guardado.

Tirar quiero: mas qué miro?

Saca las armas.

un vestido de oro es,
que llaman armas, ó armés
Poco de vellas me admiro,
que ya otras veces las vi
en mi Aldea, que no sé
tan bobo, que bien sé yo
que esto ha de ponerse así.

Ponelo al revés todo.

La prata, y oro sospecho,
que de la tierra ha nacido:
pero que nazca un vestido
de la tierra hecho, y derecho,
es cosa notable, y rara:

Si así qualquiera naciera,
porque en el Mundo no huviera
Sastre ninguno, me holgara.

Qué será verme vestido
con él, y entrar en la Aldea,
ninguno avrá que me vea,
que no se quede atordido.

Pues Antona, qué dirá?
que sé con segura extraña
San Jorge mata la araña,
O, lo que verme será

vestido como yo quiero!
desde este (que el nombre ignoro)
este papaligo de oro

A la celada.

à las polainas de cuero.

No faltará quien me ayude

à ponerlo, si me vò

àzia los Pastores yo,

que en ellos no avrá quien dude

de componer hatos tales,

y andaré como Longinos,

de dia por los caminos,

de noche por los jarales.

*Vase con las armas, y salen el Capitan,
y Soldados.*

Cap. En este monte que ha sido
con intrincada maleza,

labyrintho natural,

que tantas calles enreda,

es sin duda donde aquel

prodigio humano se encierra,

que por esta parte vino,

segun nos dicen las señas.

O, si ya pluguera al Cielo,

que à nosotros nos debiera

el Rey vér en su poder

al que convirtió en tragedia

el gusto, en luto las galas,

y en llanto, y dolor las fiestas

Sold. Si por esta parte entrò,

será imposible que pueda

esconderse, porque el monte

de todas partes le cercan

gentes armadas. Cap. Y las tuyas

son tan conocidas, que ellas

dirán del dueño. 2. Señor,

al pie de estas altas sierras

muerto está un caballo. Cap. Y es

el mismo que en la carrera

rayo fué, que no es posible

engañarnos tantas señas:

y si el caballo reodido

está à su misma violencia,

poco lexos está el dueño.

1. Y no puede ser que sea

haber mudado caballos

en el monte? Cap. Mal pudierâ

tener tanta prevencion,

quien dudaba de la empresa.

En fin, èl está en el monte,

la dicha sin duda es nuestra.

Todo se visite, y todos

con oido, y vista atenta,

la examinó rama á rama,
no quede la mas secreta
parte, que el Sol ignoró,
guardada á su diligencia.

No avrá servicio que estime
tanto el Rey, como que vea
en su poder este monstruo,
que tanto dolor le cuesta.

12. Era el infeliz Don Pedro
su sobrino. *Cap.* Y tambien era
el mas noble, el mas cortés,
de mas ingenio, y nobleza,
de mas valor en efecto,
el Principe de mas prendas:
de modo, que hizo comun
el sentimiento, y si llega
á prenderle, sea quien fuere,
le cortará la cabeza,
por lo que la noche hizo
del sarao en su presencia,
y por haver dilatado
hasta las Justas aquella
enemistad, donde hizo
dueño, y campo la palestra.

Sale Benito armado ridiculamente.

Benit. Qué brava figura veugo!
quien avrá que así me vea,
que no se muera de risa?

Unos hombres que esta sierra
passaron, por divertirse
me han armado, y de manera,
que no puedo meoarme:

qué será verme en la Aldea
de esta suerte? qué hará Antona
quando por otro me tenga?

1. Si no me engaña la vista,
por entre estas pardas peñas
sale un Caballero armado.

Cap. R. Y. Son del mismo las señas:
mal pudiera delmentarle
el arnés. 1. De qué manera
le pudieramos prender,
que si se pone en defensa,
no será el Mundo bastante?

Cap. El que esté readido es fuerza
al peso del duro azero,
á la fatiga, y violencia
del cansancio, y del cambio,
pues muerto el caballo dexa.
Llegad los dos por detrás,
que yo la pistola puesta
á los pechos la tendré,
para que no se defienda.

1. Llega passo.

2. Con temor

vol, porque como nos sienta,
dos mil son pecos, tal es
su valor, animo, y fuerzas.

1. Con silencio. *Benit.* Estaba yo
haciendome aora cuenta
de quanto durará un sayo
de estos. 1. Ya le tengo, llega
Aseñle por detrás.

Cap. Date á prisión, ó la vida
en tu misma saogre embuelta,
saldrá al rayo de mi mano.

Benit. Ay, señores, que me llevan!
pues qué culpa tuve yo
en ponerme: - *Cap.* No pretendas
defenderte, que has de ir
muerto, ó vivo á la presencia
del Rey. 2. Teale.

1. Un monte nuevo.

Benit. Ay, señores, que me llevan!

JORNADA SEGUNDA.

Salen Margarita, y Seraphina.

Marg. Aquí, Seraphina hermosa,
que solo escucharme pueden
estas plantas, y estas flores,
de mi amor testigos fieles.
Pues otras veces han visto,
pues han oido otras veces,
estas lagrymas eladas,
y estos suspiros ardientes.
Quando á solas consultaba
mis penas, ó mis placeres,
que se descansan contando,
amores, aunque se cueaten
á plantas, que no responden,
á paxaros, que no entienden,
á peñascos, que no aman,
á crystales, que no sienten.
Sabrá, pues, que ya he rompido
un secreto, que me debe
tantos dias de silencio,
poco hallado en las mugeres.
Que un dia, que la violencia
de aquel pasado accidente
dió treguas á mi dolor,
pluguéssse á Dios co-las diesses!
Un Mayordomo me dixo:
Si es que vuestra Alteza quere
divertirse, podrá ver
las joyas mas excelentes,

que la codicia imagina,
 el arte pale, y guarde
 el deleo, que son tales,
 que al arte, y colicia vencen.
 Aquí un Platero Extranjero
 las trae, porque así pretende,
 entre Principes tan grandes,
 emplear tan grandes bienes.
 La curiosidad entonces
 me dió causa que las viese,
 y di licencia al Platero,
 para que á mi vista llegue.
 No llegára más al alma,
 pues desde entonces padece
 un mal, que no se conoce,
 y un dolor que no se siente.
 Pesarás de pensar,
 que un Artífice pudiese
 labrarme el alma; pues
 Seraphina, no te pele,
 que debaxo de este nombre
 está disfrazado puede
 un Principe Federico,
 que arte tan noble comprende
 debaxo de su nobleza,
 los Principes, y los Reyes.
 Enseñóme algunas joyas,
 y entre ellas una, que excede
 la imaginacion, y en ella,
 guardando curiosamente,
 un retrato, si era mio,
 digalo el alma, que al verle
 dudó el cuerpo en que asistia,
 diciendo entre sí, no es este
 el original, pues como
 presa en un cuerpo me tienen,
 á quien solo informa un alma
 de matices, y placentes.
 Y quiso pasarse á él,
 no dudo yo que lo hiciesse,
 pues quedé sin alma yo,
 que allá el Platero le tiene.
 Preguntéle, y á qué efecto
 en joya tan excelente
 puso mi retrato? y él
 turbado el rostro, y sin verme,
 me respondió Federico
 me mandó, que así lo hiciesse:
 para su pecho, porque
 la fama que vuela siempre,
 le dixo de tu hermosura
 la perfeccion, si es que puede
 aplauso tan dilatado

medirle en centro tan breve.
 Mandóme hacer el retrato;
 pero al llevarle, y al verle,
 así dixo: Angel humano,
 á quien los hados crueles
 apartan de mí, por qué
 airados los Cielos quieres,
 que el espejo de los padres,
 en nosotros dos se herede.
 No quiero yo profanar
 tu decoro, ni atreverme
 á amar tu sombra, y así
 no es bien que en mi pecho quedés,
 porque agravia á todo el Sol,
 quien á estos rayos se atreve.
 Mas no será bien tampoco,
 ay de mí! que llegue á verme
 en otro poder la imagen,
 que adoraré eternamente.
 A sus manos ha de ir,
 si á llevarse te atreves,
 porque usa la Estrella del Sol,
 desafiada; porque un breve
 arroyuelo, hijo del Mar;
 porque usa centella ardiente,
 de su rayo despedida,
 si alumbra, camina, y hiere,
 le restituyen al Sol,
 al Mar, al rayo, que vuelve
 todo á su centro. Palabra
 di, señora, de atreverme
 á dexarte en tu mano.
 Ahora dame la muerte,
 dixo, y sacando la joya
 otra vez, sin que me espere
 respuesta alguna, volvió
 la espalda: no de otra suerte
 quedé, que entre dos Imanes
 suspenso el azero suele.
 Abrió la joya otra vez,
 donde (ó Amor lo que puedes!)
 vi amorosas tropelias,
 pues trocadas sutilmente,
 otro me dió donde estaba
 un retrato vivo siempre
 del Principe Federico,
 y conocí claramente
 serlo el Platero: quedé
 en una ocasión tan fuerte
 en mayores confusiones.
 Pero para qué pretende,
 turbada mi vez, decirte
 pensamientos que se mueven

discursos que se imaginan,
glorias que se desvanecen?
Yo amé, diganlo estas flores
otra vez, pues ellas pueden
decir las noches, que oyeron
sus quejas en estas redes.

Bien la empresa de la Justa
dió á entender que estima, y siente

las lisonjas de la noche;
lo que en ellas le sucede
ya lo sabes, menos mal,
si mi padre no le prendes:
pues aunque le pierda yo,
no será dolor tan fuerte,
como el que pierda la vida:
Porque es cosa que se vengue
de las guerras que ha tenido
con su padre; y si él la pierde,
ay de la mía! porque
vivo en pensar que la tiene,
aliento en pensar que vive,
y muero en pensar que muere.

Seraph. Mi amor, señora, de quien
ranta confianza tienes,
te estima favor tan grande:
mucho ha sido que pudieles
guardar un secreto tanto.

Marg. No ay muger, que quando quiere,
no sepa tener secreto.

Seraph. El Rey, mi señora, viene.

Marg. Con una industria quisiera
que aora por libre diese
á Roberto, que está preso.

Salen el Rey, y un criado.

Rey. Margarita, como sientes
tu mal? no dá la tristeza
lugar para que te alegres?

Marg. A Seraphina decia
aora como no puede
tan grande dolor dexarme,
que ha de atormentarme siempre.

Rey. Muy justa eleccion hiciste
en tan hermosa, y prudente
Secretaria. *Marg.* Ella dirá
si estoy triste. *Ser.* Y justamente.

Rey. Pues bate dicho la causa?

Seraph. No; pero los accidentes
de ella: y á mi parecer
muy facil remedio tiene.

Rey. Como?

Seraph. Hallandose á quien dió
á Don Pedro Esforcia muerte.

Rey. Pues alegrate, que yo

tengo esperanza de verle
en mi poder. *Marg.* Una industria,
que es muy facil, te me ofrece:
manda soltar al criado,
que está preso, pues no tiene
culpa en servir á su dueño;
y despues, señor, ponerle
espías, que él ha de ir
doo de el Principe estuyere,
y así lo descubrirás.

Rey. Qué ingenio tan excelente!
vayan por aquel criado.

Marg. Pues vayan luego por él.
Sale el Capitan.

Cap. Déme vuestra Magestad los ples.

Rey. Qué ay de nuevo? *Cap.* Que suceda
á medida del deseo

tu pretension. *Rey.* De qué suerte?

Cap. Con la gente de tu guarda
salí en busca de un aleve,
informado de que havia
llegado á un monte, y halléle
en él, medio desarmado,
porque rendido de verle
sin caballo, que se havia
despenado tristement,
estaba al pie de una peña:
sitiónos, y tan valiente
volvió sobre sí, que fué
mucho que no nos hiciesse
pedazos á todos juntos;
tan diestro es, altivo, y fuerte.
Pero á mi valor rendido
dá las armas, y no quiere
decir quien es: solo dice,
que un villano: y aun pretende
hacerse loco tambien,
porque algunas veces suele
decir locuras. *Rey.* No importa
que esconda el nombre, y que intente
hacerse loco, si ya
sé que es el traidor aleve
el Principe Federico.

Marg. Ay de mí! venga mi muerte: ay
ay de mí! acabe mi vida,
que no pueden, que no pueden
disimular tantas ansias!
Rompan la prision, rebienten
por la boca y por los ojos
de mis entrañas ardientes,
suspiros que el alma encienda,
lagrymas que el Mundo aneguen.
Ay de mí, Ciclos!

Rey.

Rey. Qué es esto,

qué sientes, hijo, qué tienes?

Marg. Tengo un fuego que me yela,
tengo un yelo que me enciende,
un dolor que me atormenta,
una pasión que me vence.

Ay de mí, acabe mi vida!

ay de mí, venga mi muerte! *Vase.*

Rey. Seraphina, pues contigo
ha descansado, qué sientes
de una tan nueva pasión?

Seraph. Aunque quebrante las leyes
de un secreto, mas importa
que su vida se remedie.

El Príncipe Federico
de Sicilia, que aora prendes,
es causa de esta tristeza;

y para decirlo en breve,
no es la causa sino amor,
porque en secreto se quieren:

Esta es verdad, y temiendo
de tus enojos, se muere;
rompió su dolor el pecho.

Rey. Qué escucho! ya de otra suerte
procederé, porque al fin
consejo me dá el prudente:
moderemos el rigor,

Salen Roberto.

Robert. Dexa que tus plantas beso,
quien sirviendo á su señor,
si te enoja, no te ofende.
Dáme la muerte.

Rey. Antes quiero,
que libre Roberto, quedes,
que tu libertad, galardón,
y no castigo merece.

Vete libre, que ya el Cielo

mas pladoso favorece
mi deseo: ya le hallaron

á tu señor, y ya viene

preso. **Rob.** Qué es esto que escucho!

si buyo quien le conociese
en la Aldea que que ó?

*Salen el Capitan, soldados, y Benito
armado.*

Cap. Ya, señor, está presente
el Príncipe Federico
de Sicilia.

Benit. ¿Canto es este!
yo Príncipe? si so Enrique
de Cecina, qué pretenden
con este ensayo?

Rey. Dudoso.

en un punto me acometen
los deseos de vengarme,
y las razones de verme
pladoso: qué puedo hacer?
aquí la pasión me tuerce,
y allí me lleva el amor.

Si á vuestra Alteza parece,
que viéndole en mi poder,
he de vengar imprudente
las ofensas de su padre,
y fuyas: poco le debe
mi pecho, pues no conoce
el valor con que procede,
si bien queda preso. **Benit.** Yet
pues qué delito es ponerme
este vestido, si allí,
como un hongo, ó geta verde,
allí me la hallè?

Rey. No tiene
vuestra Alteza que encubrirse
con los disfraces de hacerse
villano rustico, ó loco,
que el Sol nace, y resplandece,
aunque nublades se opongán
á sus rayos transparentes.
No de'co. fie de mí
oy vuestra Alteza, consuele
estos lances de fortuna
mudable, y dudosa siempre.

Benit. Qué mudable, y qué dudosa:
tomen sus armas, y déame
mis hatos, si es que esto buscan,
que no soi, aunque lo piensen,
el Príncipe Simborrico de Sencillas.

Robert. Engaño es este, *ap.*
que aora en mi lengua está
dárle credito, y hacerle
mayor, y aun estorvo así,
que vuelvan con nueva gente
á buscarle: Vuestra Alteza
me dé los pies, que no puede
mi amor, aunque esté delante
el Rey, sufrir que les alegue
á mis labios esta dicha
de besarlos. **Benit.** Quen os mete
con mis pies á vos, no quiero
que nadie mis pies me bese.

Robert. Ya no puede vuestra Alteza
disfrazarle de esta suerte.

Seraph. Señor, yá estáis conocido.

Cap. Ya, señor, saben que eres
el Príncipe de Sicilia.

Benit. Todos! **Rob.** Si.

Benito.

Benit. Pues todos mentés,
que no conozco á Cecilia
entre todas las mugeres,
que conozco sí á una
Cecilia tan solamente
del Rabadán de mi Aldea:
esta es la verdad.

Robert. Que aun pretendes
disfimalarte conmigo,
fiendo un criado que excede
á Acates en la lealtad?

Benit. Aun que en azicates quentes
quanto mandares, no sé;
hombre, ó Demonio, quien eres?

Rob. Señor, mi amo Federico,
mas que de discreto, tiene
de valiente, ha dado en esto,
y avrá de estárse en sus trece.

Rey. A la torre de Belfor
le llevad, y allí se entregue
á Elena; pero advirtiéndole,
que esté en la prisión de suerte,
que sea digno hospedage
de un Piracipe tan valiente:
ya como yerno le trato *ap.*

á mi enemigo. **Rob.** No es este
milagro, ni novedad,
perque á ser lo mismo viene
un enemigo, que un yerno.

Rey. Y con él Roberto que le
á servirle, que en efecto
se holgará de hablarle, y vérselo.
Dirás á Elena tambien,
que allí le tenga, y que espere
de mis manos generosas
mil favores, y mercedes.

Quiero componer las partes
por Margarita; ó mugeres, *ap.*
que de intentos descomponen
vuestras necios pareceres!

Cap. Ven, señor, dende descauses.

Benit. Vámes; otro loco es este;
á descaosar, y comer.

Rob. Aquí vuestra Alteza tiene
á Roberto.

Benit. Y solis Roberto
del Diablo; si es sueño este?
mas todos nos dá en esto,
y sin duda alguna debe
de ser verdad; pues que todos
lo dicen, es evidente,
ó todos están borrachos,
ó yo solo; mas qué puede

estárme mejor á mí,
que ser en un tiempo breve
Fraille rico de Cocina,
y venga lo que viniere.

Vanse, y salen tres Villanos, y Antonia

Anton. No ay conuelo para mí,
dexame llorar Belardo.

1. No ay conuelo?

Anton. No le aguardo.

1. Pues has de morirte?

Anton. El me dixo, Antonia mía,
quando vuelvas me hallarás
firme á tu amor mucho mas,
que esta encina, que sería
el estár despues allí?

2. Para mí bien juzgo yo,
que una fiera le comió.

Anton. Y debió de ser así,
a questo es razon que veas,
fiera le comió cruel,
es sin duda, porque él
mal amigo era de feato.
En las extrañas está
de alguna sin testimonios,
por que no harán mil Demonios
lo que una fea no hará.

Vanse, y salen Elena y Federico

Feder. Con qué he de poder pagar
tantas honras, y favores?

Elen. Tu las mereces mayores.

Fed. Aun no merezco besar
la tierra, que pisas; yo
quien sol, señora, ó quien fui,
para tal favor? Si aquí
mi ventura me guió;
no fué mi suerte importuna,
pues con mas razon diré,
que por mas fortuna fué
desdichada mi fortuna.

Dichoso yo que nací
con tan venturoso estado,
que fuera mas desdichado,
quando no lo huviera sido.

Elen. Ya conosci mis extremos,
quien habla sin que repare,
pues antes que se declare, *ap.*
corazon disfultemas.

Quien os oyere, Español,
hablar tan agradecido,
pensará que haveis tenido
á vuestras plantas el Sol.
Alcalde os hlee, y no son
favores en tanto aumento,

que vuestro agradecimiento
merezca por galardón.

Fed. No os entiendo de qué suerte
he de proceder hablando,
y estáis temiendo, y dudando
entre mi vida, y mi muerte.

Muchas veces que pretendo
agradecer con recato,
soleis culparme de ingrato:
vive Dios, que no os entiendo.

Oy que obligado de vos,
agradecido me veis,

tambien de esto os ofendís;
no os entiendo, vive Dios.

O es que como malos tratos
de falsa, y fingida fe
han hecho, Elena, que esté
poblado el Mundo de ingratos,

echariais en mí, que he sido
agradecido, que ya

como no se usan, dá
enfado uo agradecido.

Yo no lo seré, si aquí
obligo mas, sin saber
estimar, y agradecer.

Elen. Pues tampoco os quiero así.

Fed. Pues qué he de ser.

Elen. Mas prudeate.

Y quiero de aquí adelante,
que mis penas, ó mis gustos
escucheis con uo semblante.

Ni agradecido os pretendo,
ni olvidado entre los doros.

Fed. No os entiendo, vive Dios.

Elen. Ni yo, vive Dios, me entiendo.

Sale el Capitan.

Cap. Dame, señora, los pies.

Elen. Qué es aquello, Capitan?

Cap. Que ya tus contentos van
en los aumentos que ves.

Ya se sabe quien ha sido
el homicida, que allí
mató á Don Pedro.

Fed. Ay de mí!

si me huviesse conocido? *ap.*

Elen. Quien es? que ya multiplico
con las nuevas el dolor,
esté barbaio traidor?

Cap. El Principe Federico
de Sicilia.

Fed. Ya qué hará?

conocieronme sin duda.

Cap. Siempre la verdad ayuda.

Fed. Si se irá? si me pondré
en defensa? *ap.*

Cap. A quien nombro
por Alcalde de este Fuerte
tu Alteza?

Fed. Echada es la suerte.

Cap. O quien es su guarda?

Fed. Yo,

yo soy este que buscáis,
porque en mi vida encubri
mi nombre, y ya que me haveis
conocido, qué mandáis?

Cap. Hablaros á parte quiero.

Fed. Desde aquí podéis hablar,
porque tengo de apelar
de mi valor á mi azero.

Cap. Para quien, ó contra quien?

Fed. Vos, Capitan, no decís,
que aquí buscando venís
al Alcalde, y que tambien
el Principe Federico
está conocido ya?
pues aquí presente está
lo que buscáis.

Cap. No replico, alto:
porque no os entiendo,
en vano os alborotáis.

Fed. Si vos, señor, me buscáis?

Cap. Yo solamente pretendo
entregaros en prisión.

Fed. Antes perderé la vida.
No vi tan inadvertida, *ap.*
y notable confusion.

Cap. Oídme, y despues sabréis
mi intento. *Fed.* Ya no replico.

Cap. El Principe Federico
viene preso, y vos haveis
de guardarle en este Fuerte,
yo es el monte le prendí.

Fed. Esto está bien, como os vi
llegar, señor, de esta suerte:
tan turbado, y preguntando
por mí, pasión propia fué:
sin ocasion me alteré.

Elen. Qué es lo que estáis escuchando?

Federico preso? *Cap.* Si:
á vos el Rey os le embia,
para que desde este dia
preso le tengais aquí.

Es una carroza vieca,
sin que ninguno le vea
el rostro, porque en esa
causa, tanto valor tiene,

de algun alboroto ciego
del vulgo, y lea que así.
Alcaide, venid tras mí,
donde vereis que os le entrego,
y donde con juramento
os obligais à tenerle.

Fed. Aquí puedo hacelle;
escuchad un poco atento.
Yo juro solemnemente,
doí palabra, y certifico,
que guardaré à Federico,
fiel, y cuidadosamente.
Que tendré desde este día,
en que tal cargo me han dado,
con su persona, el cuidado,
que tuviera con la mía.
Pues estando por mi cuenta
Federico, claro está,
que à mi la vida me vá,
tanto, que decir intentá
mi lengua, que una fortuna
hemos de correr los dos.

Cap. Este juramento acepto:
venid, porque esto ha de ser
antes que le pueda ver
nadie, que importa el secreto.
Vos, señora, si queréis,
vedle, porque en tal presencia
ya le sirva de sentencia
solo que vos le mireis.

Elen. Si como el pecho está lleno
de iras, rigores, y enojos,
fuego arrojarán mis ojos,
y mis razones veneno.
Yo le viera, yo le hablára,
porque con venganza fiera
muerte mi vista le diera,
y mi vista le matára.
No quiero verle, Español,
de quien justamente fio
la venganza, y honor mio
de los atomos del Sol.
Guarda este monstruo, que à tí
totalmente le fiára.

Fed. Si en mi lealtad se repara,
lo guardaré como à mí.

Cap. Venid.

Fed. Qué notable abysmo
de agradar, y de ofender l
Vive Dios, que voi à ser
el Alcaide de mí mismo.

Vanse y salen Margarita, y Seraphina.

Marg. Qué deliciada estarás,

Elena, de esta visita.

Elen. O, mi prima Margarita,
honor, y vida me dás!

Donde de esta suerte vás?

Marg. En solo verte consiste
mi jornada. *Elen.* A esto venistes

Marg. Dicen, que el fido que vés,
seiva de los tristes es,
y emblaome acá por triste.

Y à divertir he venido
una gran melancholla,
que solo à tí, prima mía,
contára. *Elen.* Dichosa he sido
es de amor?

Marg. Amor ha sido.

Elen. Y ya no es amor?

Marg. No sé

lo que es, ni lo que fués;
en mi llanto lo verás.

Elen. Declarate un poco mas,
que yo tambien te diré
de un amor todo al revés,
prima, y señora del tuyo:
porque si de aquesto arguyo,
que ha sido, y que ya no es,
podré contarte despues
una inclinacion, que vá
à ser amor, y no está
declarado, ni advertido;
y si el tuyo no es cuidado,
mi amor no ha sido, y seño
Sientate sobre estas flores,
que à tus pies texen alfombras,
donde pueden verdes sombras
templar del Sol los rigores,
esta es la propria de amores.

Marg. No tan de espacio he venido,
que sentarme aya querido.

Yo he de empezar por aquí:
una fineza por mí has de hacer.

Elen. Tuya mi vida ha nacido.

Marg. La vida me vá en que vea
este Principe, que preso
han traído. *Elen.* Para esto

es menester que yo sea
tercera? No avrá quien crea,
que licencia ayas pedido,
siendo quien eres. *Marg.* Ha sido

por un caso, que sáb'ás
despues. *Elen.* No me digas mas,
que si en esto ha consistido

tu gusto, luego diré,
que esté del Fucite la puerta,

fin vér para quien, abierta.

Marg. Y yo en este monte haré
la defecba, en él saldré
á caza, hasta que anochezca,
porque á todos les parezca,
que á esto vine: prima mia,
no es mucho, que mi alegría,
sér, vida, y alma te ofrezca.
Tuya sol, y de mi llanto
alivio sacartera. *vase.*

Elen. Valgame Dios! qué será
lo que me agradece tanto
de este lo labié.

Salie Federico.

Fed. Señora,

ya en la torre queda preso
el Principe. *Elen.* Oye un suceso,
y lo que has de hacer agora.

Fed. El alma tu sombra adora,
y obedecer determino.

Elen. Aquí, Margarita, vino,
con excusa de cazar
en el monte, por hablar
con el Principe, imagi o,
que es amor, y por saber
de este caso la verdad:
qué necia curiosidad!
sol en efecto muger.

Tu, Español, te has de poner
donde los olgas; y advierte,
que de aquella misma suerte,
que hablaren, lo has de decir.

Fed. Pues pudiera yo fingir,
yendo solo á obedecerte?

Elen. Váme la vida, y honor
en vér si amor la disculpa,
de tan declarada culpa,
como querer á un traidor. *vase.*

Fed. Qué es lo que passa por mí?
qué enigmas, Cielos, son estas?
qué engaños, y confusiones,
labirintos, y quimeras?
Y aun esto no es imposible,
pero quien avrá que crea,
que ay una muger constante,
y tanto, como la bella
Margarita? maldicientes,
cuyas venenosas lenguas
de mudables las acusa,
veold á vér la firmeza
de un amor, y porque el Mundo
mayor del engaño tenga
de que ay firmeza en mugeres.

tengo de vér cómo llegá
de un amor, que es verdadero
las peligrosas finezas.

Ella piensa que yo sol
el preso, y como lo piensa,
ha de hallarme en la prisión,
así verá lo que darenta.

Esta experiencia he de hacer,
y será la vez primera,
que la muger, y la espada
califi que la experiencia.

Salie Roberto.

Esta es la torre, Roberto.

Rob. Señor, posible es que pueda
verte, y hablarte? *Fed.* Fortuna,
así los estados trueca.

Qué hacías? *Rob.* Escretenido
estaba con esta bestia,
borrico de nuestra andanza,
pues él nos la lieva acuestas.
Es el mayor animal,
que he visto; dice, que sueña
quanto vé. *Fed.* Poco se engaña.

Rob. Ya se ha creído de veras,
que es el Principe.

Fed. Qué importa,

Roberto, que no lo sea,
para estár soberbio ya?
La magestad, y grandeza
no está en ser vuestro señor,
sino en que por tal le tenga.

Rob. Ha dado en mandarme mucho,
y es justo que le obedezca,
en estando acompañado:

pero si solo se queda,
él ha de servirme á mí

otro tanto. *Fed.* Agora dexa
estas locuras. *Rob.* Por Dios,
que á solas ha de haver fiestas.

Fed. Qué haces agora?

Rob. Estár roncando
como una gorda: tu piensas,
que como la cama vió
tan adormada, y compuéstá,
la tuvo mieda, ó propuéstá,
se echó á dormir en tierra.

Fed. Pues por qué no le dixiste,
que para acostarle era
la cama? *Rob.* Mejor lo hice.

Fed. Como?

Rob. Acostéme yo en ella.

Fed. Escucha, Roberto, agora,
que ay muchas cosas que sepa.

Y pues durmiendo me dá
la ocasión, que amor desea.
Margarita ha de venir
á verme á la Fortaleza;
porque como no me ha visto,
que yo soy el preso plebeo,
y quiero que por aora,
si lo imagina, lo crea,
hasta ver en lo que para
descubrirme: no llamará?

*Sientase Federico en una silla, y sale
Margarita.*

Rob. Si. Fed. Pues vé, y abre la puertaa.

Rob. A quien, señora, buscáis?

*Marg. Licencia traigo de Eleoa
para llegar hasta aqui.*

*Rob. Es verdad, por estas señas
me mandò el Alcayde á mi,
que yo franqueasse las puertaa.*

Marg. Roberto?

Rob. Señora mia;

pues como aqui vuestra Alteza
osió llegar? *Marg. A esto obliga
una pasión, loca, y ciega.
Y tu señor?* *Rob. Allí está
sentado, y de la manera
que lo ves, ha estado siempre,
con la mas grave tristeza,
que vi en mi vida; yo temo,
que melancholico muera,
si tan hermosa visita
como es raxaa no le alegra.*

Marg. Federico?

*Rob. Quien me llama
con tao dulce voz, que eleva
mis sentidos? Mis que miro
la imaginacion intenta
llongear la memoria.
Si duda que va se acerca
mi fin, y ya se publica
de mi muerte la sentencia:
pues en el viento confusas
figuras se representan,
cuerpos en la phantasia,
y phantasmas en la idea:
que no puede ser que aqui
los rayos del Sol se atrevan,
para que de mi prisión
iluminen las tablas.
Pero sea lo que fuere,
como yo estas luces vea,
como estos rayos me alumbren,
y este Cielo me divierta,*

ni mas vida, ni mas gloria
la imaginacion desea:
si sea de mi muerte: sombras,
vengan, pues, por ellos vengan.

*Marg. Federico, no es fingida
esta forma que te alienta,
que aun mi sombra, siendo mia,
ni engañara, ni fingiera.
Margarita soy, detente,
que no quiero que agradezcas
esto, porque las mugeres
de mi decoro, y mis prendas,
no quieren para olvidar;
antes de amarte pudiera
mirar los inconvenientes;
pero yo te amé, ya es fuerza,
que no vuelva atrás, ni olvide,
sino que si mueres, muera.
Ya sé que se despenò
tu caballo, y que te dexa,
no le diò mi amor las alas,
que él volára, y no correrá.
En un monte sé, que allí
al pie de unas altas peñas
te hallaron, sé que estás preso:
con esto no ay mas que sepas,
si bien ay que sepas tu:
mi padre vengarle intenta,
á peligro está tu vida,
mal dize, erróse mi lengua:
la mia es la que está en peligro.
Sabe que á la puerta espera
un caballo, en el arzon
tiene dos pistolas puestas,
en una bolsa unas joyas.
Sal, pues, de esta Fortaleza,
que yo me quedo á sufrir
tantos enojos resuelta,
y sabré guardar tu vida,
y así no avrá mas que sepas.*

*Fed. Mal biclera yo en negarte
las verdades que se encierran
en mi pecho, havienlo visto
las tuyas tan descubiertas.
Yo no estoy preso, señora,
libre estoy: y porque sepas
la Novela mas notable,
que en Castellaa Comedias
sutil el ingenio traza,
y gustoso representa:
sabe que estás engañada
Verdad es, me despenò
el caballo, mas dexò*

las armas, para que pueda
libramente. Llegué desnudo
á Mirafior, una Aldea,
donde Elena mi enemiga
me libra, guarda, y alverga.
Sabe que un Villano luego,
(que esto, aunque yo no lo sepa
de cierto, pues no lo vi,
la misma razón lo enseña)
se puso las armas mías,
y engañados, por las señas,
se llevaron preso, y luego
á mí mi mo me lo entregan,
porque Elena me hizo Alcaide
á mí de esta Fortaleza.
Esto es verdad; y si yo estol
libre aora, donde pueda
verte cada dia, y hablarte,
para que queres que sea
tan cobarda, que me ausente,
por que otros peligros tema,
quando un peligro mayor
de un amante es el ausencia?

Marg. Temo que no ha de durar
este engaño, y será fuerza
vengarse mi padre en tí.

Robert. Remedio ay.

Marg. De qué manera?

Rob. Tu has de declarar tu amor
á una persona que entienda
que ha de decirlo al Rey:
y si él reportado templa
el enojo por tu causa,
y quere hacer conveniencia
la enemistad con castigo,
pues con todo esto cessa,
podrá descubrirse entoces.
Y si enojado se altera,
y quere vengarlo todo,
con un villano se venga,
y él se quedará encubierto,
sin peligro; de manera,
que de este trato resulta
ya con paz, ó yá con guerra,
en tu cabeza el provecho,
y el peligro en el agea.

Marg. Bien has dicho.

Rob. De esta suerte
concertado en los dos queda:
tu has de amar á Federico
publicamente, y dar muestras
de tu amar. *Marg.* Yo te agradezco,
que me ayas dado licencia,

por que relectaba yz
sufriendo tantas cosas,
callando tantos agravios,
y ocultando tantas penas;
en publico será el preso
quien mis favores merezca.
Pero siempre Federico,
que si otro nombre tuviera,
no le amara, ó no acertara
á fingirlo. *Fed.* Y será cierta
la voluntad? *Marg.* A él fingida.
Fed. Y para qué? *Marg.* Verdadera.
Fed. Qué será firme? *Marg.* Daré
delegación mi firmeza.
Fed. Tendrála? *Marg.* Será inmortal.
Fed. Pues la mia será eterna.
A quien estimas? *Marg.* Estimo
á Federico. *Fed.* Qué intentas,
fingiendo otro amor? *Marg.* Tu vida.
Fed. Y mi muerte, si esto fuera
de veras. *Marg.* Por qué?
Fed. Los zelos
me matiran, ó la ausencia.
Marg. Vol á amar.
Fed. Y yo me quedo
á guardarme.
Marg. A Dios te queda.
Fed. El Cielo tu vida aumente.
Marg. Y yo la tuya defienda.
Fed. Nadie como yo te estima.
Marg. Nadie como yo te aprecia.

JORNADA TERCERA.

Salen Federico, y Elena.

Elen. Qué le dixo? *Fed.* Que ella era
Margarita, que locutada
á la opinión celebrada,
y á la fama lionj-ra
de su esfuerzo, y valentia,
por una amorosa ley,
contra el enojo del Rey,
dárle libertad queria.
Que un caballo le esperaba
á la puerta de la torre,
donde el pesamiente corre,
pues mas que corre volaba,
que huýesse veloz en él.
Y él entonces respondió,
en la prisión bice yo
pietro omenage, y fiel
le he de guardar, que he nacido
mas obligado á mi honor,

correspondiendo el furor,
liberal, y agradecido.

Elen. Todo lo escuchaste *Fed.* Digo,
que á todo presente fui,
y que tan claro lo oí,
como si hablara conmigo.
Si ella otra cosa contare,
V. Excelencia no lo crea.

Elen. Ella viene, no te vea.

Fed. El Cielo tu industria ampare.
*Vase Federico, y salen Margarita,
y Seraphina.*

Marg. El Rey mi padre va venido,
Seraphina, á Mirafior
por vos; si al fiero rigor
de mi pena, he suspendido,
tu has de hacer con gran secreto
lo que te llevo á advertir:
á mi padre has de decir
de mi amor todo el efecto;
esto importa. *Seraph.* Si á tí
te importa, yo lo diré:
pero advierte, que callé
hasta este punto que vi,
que te sirvo en el efecto
el decirlelo. *Marg.* Pues no ?

Seraph. Buena por cierto soy yo
para decir un secreto;
si mil vidas me quitáras,
lo callara, y encubriera,
y aora no lo dixera,
si tu no me lo mandáras.
Dirélo porque me dió
licencia tu voz, señoras:
bueno fuera, que hasta aora
hubiera callado yo. *vase.*

Elen. Tan sola, prima, me via.

Marg. O bellísima Elena!
aquí mi antigua pena
á solas divertía,
que suele ser en su cuidado
ser Amor un Filosofo cansado,
que busca soledades.

Elen. Quando solas nos vimos
contarnos prometimos
nuestras dos voluntades.

Marg. Yo empezaré primero,
porque seré mas breve.

Elen. Atenta espero.

Marg. El verle tan atroso,
de honor, y gloria rico,
al preso Federico,
engendró un amoroso

deseo en mi cuidado,
de vér si como he visto era traslado
Entré á verle en efecto,
diciendo cautelosa,
ser del Alcayde esposa,
y halléle tan discreto,
tan cuerdo, y entendido,
que ya mi muerte en escucharle ha sido.

Elen. Tu sola le has hallado
tan cuerdo, y entendido,
discreto, y advertido,
porque á mi me ha contado
acciones de su mano,
solo dignas de un rustico villano.

Marg. Pues es engañó, prima,
Federico es valiente,
galán, cuerdo, y prudente,
tal la fama le estima,
y yo lo certifico:
si es que hablamos del proprio Federico.

Elen. Arguirte no quiero,
que en tu voluntad errada
yo tambien fui culpada.
Si de tí considero,
que amas á un ignorante:
y yo de un hombre humilde soy amante,
esse Alcayde que has visto.

Marg. Cielos, qué es lo escucho ?

Elen. Con mi veageza loco.

Marg. Mal mi dolor refiño ! *apo.*
Qué temes ?

Elen. Tu desprecio:
mas nada culpará, quien cree á un necio.
Este, pues, que desauado
ha sido, y desdichado,
á mis pies ha llegado,
robarme el alma pudo.

Marg. Calla, Elena, no digas
tales bexezas; calla, no profigas.

Elen. Oye, que no he tenido
tan facil pensamiento,
que á mi cuidado atento
aya, aunque Alcayde ha sido,
en la prisión entrado:
amor tuve, mas no le he declarado,
porque yo sufro, y calló;
aunque me alegra el verle,
no he llegado á ofrecerle
dineros, y caballo,
que no es bien que aguarde.

Pero esto baste: Dios te guarde. *vase.*

Marg. Quien creerá que ha tenido
mi colera paciencia,

mi furia resistencia,
prudeocia mi sentido,
quando en fuego deshecho,
es Echoa el corazon, Volcan el pecho?

Cielos, si esto es temeros,
decid, que fuera hallaros?

si esto es imaginaros;

decid, que fuera veros?

y teneros, que fuera?

Ira, rigor, desden, y rabia fueras?

Saló Federico.

Fed. Que se fuesse el paraba.

Elena, que á tu luz atenta estaba.

para llegar á darte.

la vida que te debo.

Marg. Y yo esperando.

estaba, falso, á hablarte,

para darte la muerte, que me has dado.

Saló Elena al paño.

Fed. Qué dices?

Marg. En rigor, y mi cuidado;

tu agravio, mi dolor, zelos.

Elen. Vuelve mi sospecha.

á ver, si no ha quedado satisfecha.

de mi amor, Margarita:

mientras habla con él, verdes laureles:

sed famosos canceles.

Fed. Qué dices? no te entiendo;

y en vano el alma disculpar pretendo;

tu ofensas, yo rigores?

tu zelos, y yo amores?

como ofendida tu, el morir dilato?

Marg. O Caballero vil! ó amante ingrato!

estas son las finezas

de quedar encubierto?

Pero finezas son, esto es lo cierto;

pero finezas son, y que de Elena,

de Margarita, acabe ya mi pena,

y acabe con tu vida,

que la muger es vibora ofendida;

cuyo rigor, de perfecciones lleno,

engendra la triaca, y el veneno.

Fed. Y dices bien, pues de una misma suerte,

dás con una hermosa vida, y muerte.

Pero en que te has ofendido quien te adora?

en que te has dado enojo quien te estima?

Marg. Mal el engaño estas modestias dora,

si amante declarado de mi prima

por ella te quedaste,

por ella me dixiste que baseaste

este disfraz, y que en tan ci-go abysmo

has sido tu el A" cayde de ti mismo.

Pues salga á mi del pecho,

del alma el llanto, y el dolor del pecho;

diga mi voz en ecos repartida,

tu fiero engaño, y tu traicion fiogida:

sepia que eres:-

Fed. Advierte,

oyeme ahora, y luego dame muerte.

Marg. Pues podás disculparte?

Fed. Si puedo.

Marg. Plegue á Dios.

Elen. Yo el cucho aparte.

Fed. Y de tu prima amante? *ap.*

yo disfrazado por Elena, Cielos.

Áy dolor semejante?

Injusta causa hallaste á tantos zelos,

ciega pasión hallaste á tanta pena.

Partame un rayo, si en mi vida á Elena

una palabra he hablado,

que á los terminos passe de criado,

cortés, y agradecido,

porque tercera liberal ha sido.

de mi amor, pues por ella

estol adonde puedo;

figulendo el bado de mi injusta Estrella,

verte, y hablarte sin que tenga miedo

á tu padre ofendido.

Elen. Qué escucho! yo tercera suya he sido!

pero suframos, Cielos.

Sepamos lo demár.

Fed. Tuviere zelos

el Sol de solo un rayo,

y de una flor el Maya,

el Mar de un arroyuelo,

de una luz todo el Cielo,

la Luna de una Estrella, y de un diamante,

de una amatista no: pues no te espante,

amando Elena bella,

pues el rayo, la flor, la muda Estrella,

la piedra, el arroyuelo,

la breve luz que se compára al Cielo,

pues eres tu (aunque todo está delante);

el Sol, la Luna, el Mayo, y el Diamante.

Elen. Bien comparada estol.

Fed. Vuelva á dár vida,

vuelva á avivar uuestra invención fiogida;

y dèmos fin á penas tan extrañas.

Marg. Con saber que me engañas,

quiere creerte al fin, porque no fuera

amante quien lisonjas no creyera,

que en amorosos daños,

tienen voz de verdades los engaños:

vuelvo á sufrir de nuevo

al preso amor, ya que á sufrir me atrevo

los zelos de una necla.

Elen.

Elen. Qué bien me honran los dos!

Marg. Pues tanto aprecia
mi pecho tu persona,
que dexará del Mundo la corona,
y contigo viviera,
don de la sombra de tu cuerpo fuera,
por que no dáu los Cielos
imposible á mi amor, y bien se advierte,
pues en tan dura suerte,
fué imposible callar tentendo zelos.

Fed. Tavistelos en vano.

Marg. Basta que fueron zelos. **Fed.** Está llano,
que aun nombrados cedenos.

Marg. Pues qué bicleran sabides?

Fed. Probaran con el alma los sentidos,
y está desengañada.

Marg. Es fuerza, que muger enamorada,
en oyendo perdona, que es Syrena
qualquiera amante.

Fed. Zelos tu de Elena?

Marg. Aun nombrarla me mata. *vase.*

Fed. Ciega pasión, aun con su dueño ingrata,
no nombraré en mi vida
este nombre, que ofensas tuyas libra.

Sale Elena.

Elen. Y es razon que se cumpla la palabra,
que á las Damas se ofrece.

Estas antecias, di traidor, merece
mi enparo, mi piedad, mi amor, mi trato:
ha Caballero vil! hue'pede ingrato!

Fed. Cielos, qué es lo que escucho!
con nueva duda, y nueva pena luchos!

Elen. Tu, que pobre, y herido
á mis plantas llegaste, y defendido
de tu suerte importuna,
reparo hallaste contra la fortuna,
tan desagradado, tan logrado
á mi amor correspondes, y á mi trato?
Si Mercader fingi lo me obligaste,
di por qué, Caballero, me ofendiste?
Si á Margarita amaste,
por qué de Elena tal desprecio biciste?
que es (aunque esté delante)
el Sol, la Luna, el Rayo, y el Diamante!
Tu, Alcayde de sí mismo,
disfrazado en mi casa,
sepí el Rey lo que passa,
salga ya mi furor de tanto abysmo.

Fed. Escucha hermosa Elena,

Elen. Como me nombras, dando tanta pena
mi nombre á Margarita?

Fed. Oy me, y luego ser, y honor me quita.
Yo soy un Caballero,

del preso Federico compañero,
que de la Infanta enamorado vine;
mas quando le prendieron, yo preynte
alcaparíne, dexando
mi vestido en el monte, y así quando
llegó á tus pies mi barbara ofladia,
fué (si te acuerdas) este mismo dia,
despues me le entregaste.

De mi valor por delengano baste
el baverle guardado,
siendo Principe mio, con cuidado
tan grandes: pues si yo noble no fuera,
bien escapar el Principe pudiera:
mas atento á mi honor, preso he vivido,
y esta la causa ha sido,
guardando yo á mi Principe, fué abysmo
el llamarme el Alcayde de sí mismo.

Pues si como leal, y fiel criado
te he servido, y al Principe he guardado,
de qué puedes quejarte,
si como amante llevo á despreciarte?
Yo soy para contigo
un pobre Mercader, y así me obligo
á agradecer el bien, y lo agradezco
como tal: pero no quando me ofrezco,
como Duque de Mantua, y como amante
de Margarita bella.

Elen. No es bastante
la disculpa, si al fin conmigo ha sido
tu trato doble, y tu valor fingido.

Elen. Elena?

Elen. No me nombres.

Fed. Mira, advierte,
que viene el Rey, y que en tu vez mi muerte
está segura.

Elen. Muera, pues (ay Cielos!)
muera de zelos, quien mató de zelos.

Fed. En fin, resuelta vienes á matarme?

Elen. Como tu, Duque ingrato, á despreciarme,
sepa el Rey tus engaños.

Fed. Vuelva la espalda, pues, á tantos daños,
quien no puede obligarte.

Elen. Aunque las vuelvas no podrás librarte,
que á lo infinito alcanza,
de muger ofendida la venganza.

Salen el Rey, y Seraphina, y vase Federico

Rey. Remediaré tu vida, que en mi vuela
mi venganza, y su amor.

Elen. Señor, escucha,
que es bien que sepas tu tu misma pena,
y el amor de la Infanta.

Rey. Ya sé Elena
lo que decir me quieres:

ya sé que Margarita
mi muerte solicita,
y que determinada
está de este traidor enamorada.
Elen. Pues si lo sabes ya, remedia el daño,
ya que á tiempo ha venido el desengaño
que no es bien que esto palle,
y que con un traidor la Infanta case,
que está disimulado
en tu Reino, en tu casa disfrazado,
quando la sangre mila,
mejor di: é la tuya elada, y fría,
con caduca esperanza,
de todos á una vez pide venganzas.

Rey. Cielos; en tanta pena,
como satisfaréme de una suerte
de Margarita amor, quejas de Elena,
si una pide su vida, otra su muerte?
Mas viva Margarita,
que la paz de mi Reino solicita,
que Elena facilmente
podrá curarse del amor que siente.

Salen el Capitan.

Cap. Old, señor, lo que passa
Eduardo de Sicilia
Infante, con mucha gente
oy á Nápoles camina.

Rey. Todo su Reino le sigue
en defensa tan altiva,
como es deber á su hermano:
la libertad, y la vida,
que es su Principe en efecto.
Y aunque pudiera la ira,
y el enojo hacer con él
que tanto poder resistia:
quiere con mejor acuerdo
decirte la intencion mila.

Margarita (ay Cielos quanto
esto siento!) Margarita.
sé que á Federico ama:
tan graves melanchollas
como padece, que han puesto
en tanto riesgo su vida,
de esto nacen: así Elena
me lo ha dicho, y Seraphina,
y yo sin esto lo sé:
mas con casarla se quitan
mayores inconvenientes.

Para esto me desanima
solo una cosa. *Cap.* Qual es?

Rey. Temer que algunos me digan,
que Federico no sabe
lo que importa. *Cap.* No prosigas;

que en esse extremo le han puesto
tristeza, y melancholla,
viendose sin libertad:

pero si una vez se mira
libre, volverá en su acuerdo.

Rey. Bien dices, y antes queria,
que esto le tratasse, hacer
una experiencia exquisita.

La experiencia: Margarita

Salen Margarita.

como vá de tristezas?

Marg. Mal, señor, que el alegría
es imposible á mi pecho,
continuo el llanto lo diga.

Rey. Una lisonja has de hacermelo.

Marg. Qué mandas?

Rey. Mucho peligras

en soledades, y penas
de Federico la vida.

Si muere, quien pensará,

que de mi mano enemiga

no fué el golpe, y de alevoso
me arguirán los de Sicilia?

Marg. Pues qué me mandas?

Rey. Si tu

oy lo ves, y le visitas,

alestará el desmayado

corazon, y con tal dicha

dará nuevo aliento al alma,

dará al cuerpo nueva vida.

Yo sé contigo, por mi

has de verle:

Marg. Tu me obligas

á obedecerte.

Rey. Qué presto

concedió: el alegría *ap.*

salió modesta á los ojos,

como á los labios en risas;

mas disimular importa.

Marg. Si enamorada me mira

en su presencia mi padre, *ap.*

efecto tendrán mis dichas.

Vanse, y salen Musicos, y

Benito.

Rob. Como ha dormido tu Alteza?

Benit. Mal bien, en toda tal vida

hé tenido mejor sueño,

en cama tan horonda, y rica,

sol un Principe ilustre.

Rob. Cantea hasta que se vista

su Alteza. *Musico.* Vaya aquesto,

cuya letra es peregrina. *Cantan.*

Benit. Roberto!

Robert. Señor? **Benit.** Declá
á estos Musicos, que gritan,
que dexen estos cantos,
y canten por vida mia
una letra, de que aora
me acuerdo que se decia:
Lunesa,

atala allá de la sonsonera.

Rob. Esto havian de cantar?

Benit. Esta es la mejor letrilla
de todas, esta caotaba
yo, quando á los montes iba
á trabajar con Antona.

Rob. Como tan presto se olvida
vuestra Alteza de quien es?
el dolor de juicio priva.

Benit. Es verdad, no me acordaba
de que era, por vida mia,
el Principe, no sé como.

Rob. Federico el de Sicilia.

Benit. Basta, ello ha de ser así,
por fuerza esta Principia
me ha venido no sé como;
y quieren que yo no diga
que esta casa es de mi Aldea,
y que desde aquí se mira
por detrás de estos espejos,
vidrieras, y zelosias
el Aldea de Be-flor.

Valgame Dios! no es la misma
casa de Juana, y Antona
aquella, y esotra chica
la de Glóes, y Martina,
no es aquella? aquel Perico,
que á la taberna camina,
no es el que dicen que es hijo
del Sacristan, y Locta?
y dicen bien, y el Barbero
no está tras de su cortina
rañendo, que aquí lo oigo,
un villano, y sus follas?

Mas quien me mete á mi en esto?
yo como lindas gallinas
en prata, yo visto seda,
y duermo en cama mollida.

Venga por donde viniere,
sea verdad, ó sea mentira,
no me vá mal mal con ser
Frat Francisco de Ceclao.

Rob. Dexadle solo, que ya
su grande melancolla
le ha vuelto: valg le el diablo!

Vanse los Musicos.

De qué se eleva, y suspira?

No tiene mas que merece?

qué desea? **Benit.** Que en mi vida
me dexen solo con vos,
porque tantas cortesias,
solicitudes, remenencias,
alturas, y señorias,
las vengo á gromar despues
á solas en la comida:
quando alguno está delante,
vos me servis de rodillas,
y en quedando solo, andais
coomigo á la rebatña.

Rob. Pues qué quere decir esto?
que á quien yo unos ratos sirvo,
es razon que otros me sirva.

Benit. Sí; mas darne de porrazos,
maña mi ingenio magloa,
como he de vengarme de él
en teniendo compañía.

Sale Federico.

Fed. Muy bien puede, gran señor,
vuestra Alteza darne albricias
el Rey, y la Infanta vienen
á vérle, con tal visita
segura tiene desde oy,
la libertad, y la vida.

Rob. Vuestra Alteza advierta aora,
es bien á la Infanta diga
muchas cortesías fizezas,
como á su esposa, y su prima.

Benit. Yo sé lo que he de decir;
no es tanta mi boberia,
y aun lo que he de hacer con vos:
pagareisme la malicia
en estando acompañado.

Fed. Ya llegan; amor me anima
este engño, pues que tu
lo enseñas, y lo fabricas:
crea el Rey que enamorada
la divina Margarita,
está del Principe, viendo
tantas fizezas fragilas.

*Salen el Rey, y el Capitan, y
Margarita.*

Rey. Bien vuestra Alteza estará
de aquesta visita incierto.

Benit. No mucho, porque Réberto
me lo havia dicho ya.

Rey. Aquí verá si le estima
mi pecho; y si amor le tiene

la Infanta, que á verlo viene:

Benit. Bolo á mi señora prima
la mano. **Marg.** Sabiendo el Rey
al señor, la gran porfía
de vuestra melancolia,
quillo por pladola ley
veros, en cuya acción el vida
la enojo, y él bien declara;
pues quien mira al Rey la cara
segura tiene la vida:
esta es ley, cuya piedad
quedará en marmol escripta.

Rey. Qué mal callas, Margarita;
tus ojos.

Benit. Tu Magestad
sabe bien dir honra, y vida
á un preso que está sujeto:
el Diabro me hizo discreto. *aps*

Robert. Qué hable ya con advertida
prudencia, a questo animal?

Fed. Ya de oírle hablar me espanto: *aps*
ha poder, y mando, quanto
entiendas lo natural!

Rey. Ciega estás.

Benit. Sillas nos déo.

Rob. Aquí lastiene tu Altezas

Benit. Pareceisme buena pieza;
los porrazos, yo estol bien,
y pues ay fillas tambien
vuestra Magestad se sienta.

Fed. Volvió á su sér brevemente,

Rey. Y aora qué me dirás,
ya que me alabas el talle?

Marg. Que es su bizarro despejo
muy digno para alabarle,
que airosamente tomó
la filla, que airosamente
vuestra Magestad se sienta,
dixo, la fama mientò,
aunque tiene el Mundo lleno
de sus alabanzas, pues
no dixo que bueno es.

Rob. Esto te parece bueno?
no es amor, sino locura
no conocer este error.

Sientase.

Marg. Quando no es locura amor?

Rey. Lo mas que aora procura
mi deseo, es consular
con tu Alteza la venida
de tu hermano.

Benit. Yo en mi vida

no ve hermano en mi lugar.

Rob. Como el Infante ha venido
tu hermano, dice, y es llano.

Benit. Si dice el Infante hermano,
no le hayla conocido:
vos tenéis la culpa de esto,
que callais hasta este dia,
que Infante hermano tenia;
nos pagaréis.

Fed. Qué es esto?

Rey. Y aora qué puede decir
es galan, es entendido?

Marg. Notable gracia ha tenido:
tolo él me hiciera reir.

Rey. No vi hombre tan ageno
de gracia: esto te ha agradado?

Marg. Qué bueno el enojo ha estado!

Rey. Qué esto te parezca bueno?
pues no ha de ser tu marido,
aunque su hermano valiente
con la sangre de mi gente
dexe este Campo tenido.

Marg. Pues aunque es lodigno en mí,
si me llevo á declarar,
en un oecio amor hablar
á mi Rey, y Padre, así
lograr calada pretendo
a questo amor que publico
con el mismo Federico,
que á los dos nos está oyendo.

Fed. Bien su respuesta me anima.

Benit. Ha visto tu Magestad
el amor, y voluntad
que debo á mi señora prima?

Marg. No es un Principe heredero
de Sicilia; pues qué error
puede culpar el amor?

Rey. Ser hombre rustico, y fiero.

Marg. Es cuerdo, el Mundo le estima
de mucho ingenio, y valor.

Benit. Cierto que es mucho el amor
que debo á mi señora prima.

Rey. Este es discreto! qué abyssmo!
este Principe? **Marg.** Si, el mismo,
que nos mira, y nos escucha.

Cap. Un Embaxador, señor,
del Rey de Sicilia aguarda
licencia para besar
tus manos.

Rob. Aquí se acaban
los engaños; este viene,
mirandote en dudas tantas;

à decirte la verdad.

Rey. Bien es que baxe, y que salga
à recibirle: tu Alteza
se retire. **Benit.** Que me vaya
como vos, que no he comido,
à comer una empanada
de ternera, doce pollos,
diez conejos, seis tortadas,
quatro quesos, seis chorizos,
mil peros, treinta patatas,
que con esto Prancerico
de Ceclna bien lo passa.

A Dios, que voi à hartarme. *vase.*

Fed. Yo me voi, porque no haga
el Embaxador aqnt
viendome alguna mudanza. *vase.*

Salen Antonia, y Villanos.

Ant. Pardiez que havemos de vér
como à los Reyes los habran
los Baxadores, pues vemos
en Bel fior cosas tan variadas.

Rob. Señor, el Embaxador
que viene, sino me engaña
la vista, es el mismo Infante.

Rey. O ocasión! esto acabáran
mis penas, y confusiones.

Marg. O si acabasses mis ansias!

Sale el Infante.

Inf. Vuestra Magestad, señor,
me dé los brazos. **Rey.** No haga
vuestra Alteza conmigo
este disfraz.

Marg. Cosa extraña!

Inf. Embaxador de mi mismo
quise ser: mas si te halla
conocida mi persona,
los privilegios me valgan,
honra, y merced de los brazos;
y hablando ya de otra suerte
oiga de mi mi embajada.

El Principe Federico
entrò solo en la estacada,
diò à Don Pedro Esforca muerte
cuerpo à cuerpo, y lanzà à lanzo.
Luego no merece, Rey,
el rigor con que le trata,
pues no le matò à traicion
alevosa, ò con ventaja.

A questo effentado; como
à tu honor aliveo faltas,
à tu decoro te olegas,
romplendo tu fe, y palabra,
pues me dicen, que le has muerto?
Estas, señor, son hazañas
dignas del valor que heredas:
dignas del poder que alcanzaste.
Dase à mi hermano, ò por él
sustentaré en la campaña,
que eres alevoso Rey,
pues à mi Principe matas,
quando deblera guardarle
la seguridad jurada.

Rey. Confieso que debe hacer
el Rey, que à mi Justa ampara,
bueno el campo: pero no
dár lugar à ofensas tantas,
que empuñe un aventurero
en su presencia la espada:
esta es la satisfaccion
de la prission, y las guardas.
Y agora en quanto à decir
que le he dado muerte, valga
por respuesta verle vivo,
que es mejor que tu la aguardas.
Haced luego que el Alcaide
à aquellas almenas salga
con el preso, donde vea
el Principe que le engaña:
Y mira como le diera
muerte el que agora trataba
casarle con Margarita,
dando fin à ofensas tantas.
Y lo hiciera, vive Dios,
à no mirar que le falta
de Principe la prudencia,
que le es de tanta importancia.

Inf. Quien engañado procede,
disculpa, y perdon alcanza,
y así del reto desisto,
remitiendome à tu gracia.

Sale Elena.

Elen. Si lagrymas de muger
pladoso lugar alcanzan
en los pechos de los hombres,
y mas à los que se hallan
tan obligados, por ser
Dioses en la tierra, y valga
su privilegio à mi llanto,
y su piedad à mis ansias.

Como

Como magnanimo Rey,
 tanto a tu Justicia faltas,
 que das premio, y no castigo
 a quien me ofende, y me mata!
 Como a Federico pones
 en libertad, y le casas
 con Margarita, sin ver
 que soy la parte que agravias!
 Hermano perdi, y esposos
 si satisfacirme eratas,
 dame esposo, cuyo amparo
 supla de mi honor la falta.
 Y entonces podras librar
 al Principe, pues es clara
 mi Justicia, que no vive
 mientras mi perdon alcanza.
 Sola uoa satisfaccion
 pretendo de ofensas tantas;
 y es, señor, de que me cases
 oy con el Duque de Mantua.
 En tu Reino está yo se
 quien es, pues con esto acaban
 mis penas, quedando al fin
 noble, contenta, y honrada.

Rey. El Duque de Mantua aqui?
 mano te dot, y palabra
 de que oy ha de ser tu esposo.

Elen. Dexame besar tus plantas:
 lindamente me he vengado
 de los zelos que me causa *ap.*
 Margarita: Amor, venci,
 engañando a quien me engaña.

Rey. Ya con el Alcayde está
 en estas almenas aitas
 el preso, mira si es vivo.

Inf. Ay, hermano de mi alma!
Marg. Viendo el Infante a los dos,
 no advirtiendo en dudas tantas,
 qual es el preso, o Alcayde,
 como a su hermano le habla.

Elen. Valgame el Cielo si que miro?
 el preso es aquel? jurara
 que le conozco.

Anton. Oyes, Bato,
 Belardo, o yo estoi borracha,
 o es el Principe Benito.

Vil lan. Antona, oye, mira, y calla.

Anton. Como le habran de esta suerte,
 si yo le conozco?

Inf. Quantas
 lagrymas debe tu amor
 a los ojos que oy alcanzan

aquella dicha de verte;
 mas verte, por premio basta.

Benit. Este es el hermano Infante?
 él tiene pequeña traza
 para Infante, y para hermano;
 mas Antona está allí.

Feder. Calla.

Benit. Pues los Principes no pueden
 hablar con Antona?

Fed. Basta.

Benit. Ya está bastado: haule visto?

Anton. Bato, has visto lo que passa?
 el mismo Infante ha venido,
 hermano al Principe llama.

Fed. Sin que el engaño conozcan,
 con equivoas palabras,
 responderè por los dos:
 no puede la voz turbada
 decir, Infante, el contento,
 que su presencia le causa,
 y por no ofenderle hablando,
 Federico, sienta, y calla. *vase*

Inf. Pues ya, señor, que le he visto,
 vuelveme a decir la causa,
 por que el casamiento dexas
 de mi señora la Infanta?

Rey. Solo por no ser capaz
 de gobierno.

Inf. Mucho agravias
 su divino entendimiento.

Rey. No es aquel que miras, y hablas?

Inf. Si señor.

Rey. Pues esse mismo
 tan rústicamente habla,
 tan torpemente procede,
 que aun a un bruto se iguala

Inf. Basta,
 que debe de haver perdido
 el juicio, porque Italia
 no vió tan subtil ingenio.

Marg. Qué se obscuras los dos se hablan
 de diferentes sujetos.

Rey. Pues porque en un punto
 salgas de esse engaño, al punto
 aqui a Federico traigan,
 y si él hablare en razon,
 vuelvo a empeñar mi palabra
 de casarle con mi hija.

Elen. De confusion tan extraña
 saldre en viendole aora
 mas cerca; hermano le llama

Sale Benito.

Benit. Pareceo cavalgadura,
que se vende, porque andan
conmigo viendome todes:
qué es, señor, lo que me manda
tu Magestad? diga, aquelle
es mi hermano?

Rey. Su ignorancia
ha descubierta bien presto:
mira si mi vez te engaña.

Inf. Pues no me engañas; si aquí
quando al Pitocipe esperaba,
me dás un hombre, que de él
no tiene la semejanza?

Rey. Pues no es el mismo que viste,
y que agora confesabas
ser tu hermano?

Inf. No era este.

Rey. Ay confusión más extraña!

Elen. Este es, señor, un Villano,
que conozco.

Rey. Ay penas tantas!
pues yo no tengo otro preso,
ni otro en mi poder se halla.

Inf. Pues como á negarlo vuelves,
si le he visto?

Rey. Al punto llama al Alcayde.

Elen. Advierte aquí
de la suerte que le tratas,
porque el Alcayde, señor,
es el Gran Duque de Mantua.

Sale el Capitana

Rey. Otro engaño.

Cap. El está aquí.

Sale Federico

Inf. Este es Federico.

Fed. Aguarda,

que antes de darte los brazos
tengo de besar tus plantas.

Yo soy quien comorado,
fue temer tus amenazas,

siendo Alcayde de mi mismo,
vivo en tu Reino (la causa

ya la sabes) amor fue

felice, si tu palabra

la cumples aquí.

Elen. Pues no

ha de cumplirla, si dada

la tiene, que ha de casarme

oy con el Duque de Mantua.

Marg. Este es Federico, Elena;

engañese quien se engaña.

Benit. Y á mi al fin de todo esto

no imaglaan darme nada,

siquiera por haver sido

el tamboril de la danza,

á cuyo son han danzado?

Fed. Dos mill escudos te aguardan

con Antona; y con esto

esta Comedia se acaba.

F I N.

Con licencia: En Sevilla, en la Imprenta de JOSEPH PA-
DRINO, Mercader de Libros, en calle
de Genova.